



NUM. 36.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 3 DE SETIEMBRE DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO IX.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Mucho sentimos tener que empezar hoy la revista con una necrología; pero deber nuestro es consagrar hoy algunas líneas á una de las bienhechoras de la humanidad, á la difunta vizcondesa de Jorvalan, fundadora de varios estable-

cimientos de desamparadas, donde encontraban refugio y paz y medios para volver al camino del bien, eran escoria de la sociedad.

Declarado ya el cólera en Valencia, aquella excelente señora que se hallaba en esta córte, abandonó su casa y sus comodidades para animar y auxiliar á sus educandas. En una de las estaciones cercanas á aquella capital, un amigo nuestro y suyo la saludó cordialmente: á los dos días era cadáver. Murió como había vivido, víctima de su ardiente caridad y del cariño que profesaba á las que llamaba sus hijas. ¡Dichosa vida y dichosa muerte!

Al paso que va decreciendo en las grandes poblaciones, se estiende por los pueblos la terrible epidemia, y no solo avanza por la línea del ferro-carril del Mediodía, sino que repentinamente ha aparecido en algunos pueblos de la provincia de Teruel.

Vamos sin embargo á dar dos noticias tranquilizadoras á nuestros lectores; advirtiéndoles que hablamos con toda formalidad; porque no queremos bromas con el terrible huésped, como han dado en llamarle ahora. Nos ha asegurado una persona, si no competentemente autorizada de autoridad competente, que en Santiago de Galicia, no han sufrido nunca el cólera, ni ninguna epi-

demia. Los miedosos que tengan dinero, pues con el miedo solo no es bastante, ya saben dónde hay un lugar de refugio, si quieren gastarse 1,000 rs. en el viaje. La segunda noticia es mas gorda, pues evita hasta el viaje á Santiago. Se ha descubierto el remedio infalible contra el cólera por un valenciano. Se dice que posee una pócima de la cual da una cucharada, y en el acto se levanta el moribundo del cólera diciendo á los circunstantes: «¿cómo lo pasan ustedes? Yo bueno para lo que ustedes gusten mandar, que lo haré con mucho gusto y con fina voluntad.» Se dice que se ha ensayado el remedio en un dependiente del arzobispo y luego en todos los enfermos del hospital; que se ha solicitado del gobierno un premio, y que se va á dar al momento publicidad á la receta salvadora.

Os advierto que, precisamente por el penúltimo detalle, no lo creo. ¿Qué necesidad de premio ni pension del gobierno tendria el bienaventurado mortal, inventor de un secreto infalible contra el cólera? El dinero se le vendria bailando á su casa sin mas trabajo que el de no tener bastantes manos para recogerlo, y guardarlo donde no viera ya la luz del sol.

Pero no es éste solo el descubrimiento: otro se acaba de encontrar en Florencia para curar ó aliviar el cáncer. El descubridor es el doctor Brandini, ó por mejor decir, una viejecita de mas de setenta y un años que padecía un cáncer en la lengua que no podía operarse; porque habia atacado ya la base y las glándulas sublinguales y sub-maxilares. En sus dolores atroces le ocurrió chupar un limon: en el acto se le aliviaron extraordinariamente, y repitiendo la succion, desaparecieron. El doctor Brandini hizo en su vista experimentos con el ácido cítrico, y en todos logró el mismo resultado. Mucho sentiríamos tener que esclamar:

¡Lástima grande,  
Que no fuera verdad tanta belleza!

Pero ¿qué me sucede? En lugar de revista os estoy dando un tratado de medicina, y es que hasta á mí me ha cogido de medio á medio el espíritu del siglo, prefiriendo lo útil á lo agradable.

Fuera, pues, y hablemos de otra cosa: la córte continúa en las provincias, y S. M. en sus diarias escursiones á aquellos lindísimos pueblos; y en todas partes dicen las correspondencias que es igual el entusiasmo de los sencillos vascongados al ver á la reina buena. Las tropas allí no son necesarias, y sirven, no

para la seguridad, si no para el decoro de la magestad real. Están en un campamento formado en las inmediaciones de Zarauz, y es sorprendente el espectáculo que forma aquella poblacion de tiendas de campaña, cuyo centro ocupa la del duque de Gor, jefe de la media brigada. En el número inmediato de *El Museo*, daremos el grabado del campamento: en éste el que representa á la guarnicion oyendo el santo sacrificio de la misa, y por mucho que el grabado espese, siempre queda muy corto respecto á la realidad.

Aun parece que la venida de S. M. se prolongará por algunos dias, que periódicos competentes suponen no será hasta el 14 ó el 16, despues de recibida y pagada la visita del emperador.

Decididamente la semana trascurrida es la semana de los descubrimientos.

Mientras los fumadores bailan de gozo en un pie, porque don Manuel Santistéban ha averiguado el medio de privar al tabaco de la nicotina ó parte venenosa; los literatos les hacen pareja; porque en Fugino, el canónigo Antonio Biffi, ha encontrado algunas páginas inéditas del libro de Ciceron, *De República* y de la historia inmortal de Tito Livio; y en Catania otro desgraciado mortal, que no ha merecido siquiera que se publique su nombre, ha tenido el hallazgo de algunos fragmentos de Tácito que llenarán las lagunas de sus obras, que ni antes ni despues han tenido rival.

¿Será verdad? Tantos veces lo han asegurado y tantas veces nos han engañado, que aconsejo á mis lectores pongan la noticia en cuarentena.

Lo que sí parece cierto es, que el coronel Sacco, director del colegio militar de artillería, ha logrado que las fotografías salgan coloridas; adelanto inmenso en el arte, y que no desesperará á las niñas, que retratándose con un vestido morado ó azul, salian con un pastel blanquizco; que ni Cardona, con ser tan listo, podia adivinar el verdadero color del vestido.

Pero si Sacco ha descubierto fotografías sin manchas, Secchi, otro italiano, ha descubierto una en el sol, que equivale á todas las manchas habidas y por haber, aun comprendiendo en ellas el canal de la Mancha y nuestras Manchas alta y baja.

Su estension es de una 60,000 leguas, y corrian con velocidad de unas 36 millas por segundo, ó sean 720 leguas por minuto; velocidad á que aun no han llegado nuestros ferro-carriles. Parece que ya se trata de formar una sociedad para ascender aereostáticamente haciendo

escala en el sol, montar en la mancha consabida y dar en una hora un paseo de 43,200 leguas. Pondremos en noticia de nuestros lectores lo que adelante el proyecto.

Otro hay también que inmortalizará al que lo lleve á cabo: se ha pedido autorización para hacer navegable el Manzanares, y convertir en puerto de mar la Puerta del Sol por medio de esclusas, alimentadas con el agua de la fuente y que harán subir los buques blindados hasta el balcón del ministerio de la Gobernación, que se convertirá en ministerio de Marina.

Hé aquí cómo hubieran podido arreglarse las diferencias de Austria y Prusia por el puerto de Kiel, si al autor de la navegación del Manzanares le hubiera ocurrido hacer puerto de mar á Berlin. Ahora han tenido que componerse á costa del prójimo, partiéndose los ducados como buenos hermanos. No sé qué periódico francés trinaba porque se dividían los pueblos sin contar con su voluntad, y juraba y perjura que Francia no lo consentiría; pero Austria, Prusia y Rusia, disminuyen sus ejércitos poniéndolos en pie de paz: de donde yo arguyo, que Francia lo consentirá, sino es que previamente lo ha consentido. Para contestar á la alianza de las potencias del Norte, se unen las escuadras inglesas y francesas como muestra de la concordia que existe entre ambas naciones; pero me parece que unos y otros se miran y se respetan. Bismarck por fin se saldrá con la suya, de que Prusia tenga marina de guerra, si es que antes no muere el rey ó le falta dinero. Pero si le falta, el recurso está en la mano; se trasladará á Santo Domingo y cambia lo que le queda en las cajas y ya se ha hecho rico; como que nuestros recientes ex-súbditos tienen tal crédito y han asegurado de tal manera su porvenir sacudiendo el tiránico yugo español, que por un duro isabelino dan 7,000 duros de deuda del Estado... y nadie los toma ni los quiere.

Ni yo seguir esta revista; y cuando no se quiere seguir no hay más remedio que concluir.

Por la revista y la parte no firmada de este número,  
LEON GALINDO Y DE VERA.

## LOS HABITANTES DE OTROS MUNDOS.

Cuando contemplamos el magnífico espectáculo que presenta la naturaleza en la soberbia bóveda estrellada de los cielos, no solo gozamos con esta vista, sino que deseáramos poder comprender con más precisión la grandeza y sublimidad del universo. Entre las muchas ideas que este espectáculo suscita naturalmente en nuestra imaginación, una de las primeras y de mayor interés, es la de si hay otros mundos habitados por seres de distinta naturaleza que la nuestra; esta idea nos conduce á una investigación cuyo resultado afecta profundamente nuestro ser moral y nuestra vida y puede ligar con nuestros deseos un temor inquieto ó una esperanza agradable. De tiempo en tiempo en el curso de los siglos se ha tratado de ver si por el estado en que se encontraba la ciencia se podía acaso apoyándose en ella echar una mirada en la vida de otros mundos. Nos llevaría demasiado lejos si hubiéramos de referir aquí estos ensayos y dar cuenta del modo y manera en que se hicieron los mismos. La mayor parte de ellos debían desde luego salir mal, porque el objeto de la investigación se había puesto en un punto falso y por que por lo tanto, con respecto á este objeto, se habían adoptado caminos que no podían conducir al descubrimiento de la verdad. «Cristóbal Colon halló un mundo nuevo después de una larga navegación y trajo la noticia de que este mundo nuevo estaba habitado. ¿Se le podía preguntar con razón si había en él seres humanos? Aquel país se hallaba sobre la superficie de la tierra y por lo tanto era habitable para los hombres; pero si un astrónomo descubriese en la luna, en Venus y en los demás planetas, montes, mares, atmósferas, etc., etc., y dedujese de ello que debía haber habitantes en estos planetas, estas deducciones serían exactas, pero sería ir demasiado lejos si se quisiera pretender que tales habitantes eran seres iguales á los que habitamos la tierra; tanto valdría querer buscar hombres en la profundidad de los mares. Nosotros en general estamos demasiado acostumbrados á considerarlo todo individualmente y la idea general que nos hemos formado de los habitantes del mundo es limitada de un grado muy excesivo, porque no hemos visto ninguna variedad más que aquellas que se hallan en la tierra en derredor nuestro. Es verdad que su número llega hasta lo infinito, ¿pero debían bastar por sí solas para agotar todos los tesoros de la omnisciencia de Dios? Tampoco la tierra constituye el universo completo. ¿Cuán difícil es para nosotros representarnos un ser pensador, una criatura racional, sin dárle inmediatamente de dos manos, de dos pies, de una cabeza y de las demás partes pertenecientes al ser humano!»

En estas palabras del autor de una obra publicada en 1761 con el título de «Cartas cosmológicas sobre la disposición del universo,» se hallan indicados los puntos principales que se han de tener en cuenta para tratar la cuestión de si los cuerpos celestes son ó no habitables. Comenzamos en esto nuestra observación con la

experiencia, pero tratamos después de reunir en un todo las ideas aisladas que ha adquirido la misma. Logramos en efecto hacerlo así, estableciendo leyes generales que están consideradas por la razón como el fin propuesto. Considérese el universo como regido por leyes y designios generales y especiales que llegan hasta un número infinito y se encontrarán por todas partes analogías, orden y armonía en las innumerables variaciones y diversidades. Si donde quiera que sea, la experiencia contiene imperfecciones en la serie de los fenómenos, si se nos presentan vacíos; en ese caso debemos examinar bien el objeto que nos proponemos para completar lo que falta é indicar antes lo que nos enseñarán los experimentos venideros. La razón nos descubre los fines y la experiencia nos muestra que medios existen para lograrlos. De este modo, estos fines nos dan ocasión é indicación de investigar los medios y los que adoptamos de estos, nos conducen al descubrimiento del objeto que nos proponemos y al juicio de lo que vale en general el fin. Las ideas sugeridas por la sana razón y la experiencia suministrada por las observaciones del espíritu se unen cada vez más entre sí de este modo y nos dan en su reunión indicios seguros acerca de la esencia de los fenómenos en el universo. Nuestra tierra, pues, (á la que podemos considerar aun en sus partes más pequeñas desde la aplicación de los cristales de aumento á las observaciones microscópicas) se halla por todas partes tan llena de seres vivientes que no podemos dudar de que la multitud de seres animados que se nos presentan en el mundo bajo las formas más diversas de la vida, es un objeto de la creación sin excepción alguna. De este modo así como en la dirección de lo infinitamente pequeño hallamos una serie no interrumpida de seres animados, de la misma manera nos vemos en el caso de admitir, con respecto de lo infinitamente grande, una marcha también progresiva en el orden de las formas de la vida; porque no hay razón alguna para figurarse que en el globo terrestre existe un término á cual no llega la vida y que en las formas de la vida de la tierra está el principio y el fin de la actividad de la fuerza vital. El universo forma un todo armónico en el cual las partes aisladas tienen una unión segura y constante con el todo, de la misma manera que éste le tiene á su vez con las partes aisladas. ¿Se podría reconocer en un punto el principio de la vida perpetua y en otro la ley de la muerte eterna y sin embargo á pesar de una contradicción tal, atreverse á establecer una razón que penetrara por la estructura total de los mundos en todas sus partes aisladas?

La reconocida dominación del principio de la vida nos obliga por lo tanto á pensar que cada sistema solar, cada grupo de mundos, cada isla, por decirlo así, de estrellas, se halla en general de este modo lleno de formas, de la vida, aunque siempre solo según el orden que domina en ellas. En lo que respecta á la naturaleza de los habitantes de los diferentes globos celestes, debemos admitir que cada ser viviente estará formado según las condiciones del punto que se le ha asignado como lugar para su morada. Todo en la tierra se rige según esta ley. Hallamos unos animales en los países polares más fríos, otros en los climas ardientes de la zona tórrida; los hallamos también en los montes más elevados, como en las profundidades de la tierra ó de las aguas, y cada ser encuentra en el lugar en que vive, los elementos necesarios de la vida, y su estado se halla dispuesto de un modo conforme con las condiciones del punto que habita. ¿Qué obstáculo habría para que admitiésemos que en todos los cuerpos celestes existen seres vivientes, criaturas dotadas de espíritu si sostenemos la idea de que las formas de la vida que vemos en la tierra no deben considerarse como los únicos órganos de la fuerza vital, sino que estas formas se modifican siempre según las condiciones y relaciones que existen en cada cuerpo celeste? ¿Quién de nosotros hubiera creído que el agua era habitable si desde nuestra más tierna niñez no hubiéramos visto peces y otros animales que vivían en ella? Tampoco podríamos imaginar ciertas formas de la vida que hacen posible una larga permanencia en el agua, y solo después que la naturaleza nos las ha presentado, es cuando nos hemos visto en estado de poder comprenderlas y penetrarnos de ellas en nuestro espíritu. Nuestra ciencia es solo una reflexión de lo que ya conocemos, pero el comprender las cosas anticipadamente es la obra del creador de los mundos. Por lo tanto no podemos imaginarnos las formas de la vida de los habitantes dotados de espíritu que existen en los demás mundos y como no tenemos facultades suficientes para esta obra, hay muchos que se hallan dispuestos á no conceder más que á la tierra la existencia de seres dotados de espíritu, negándose la sin razón alguna á los demás cuerpos celestes; como si todo debiera acaecer en el mundo bajo su dirección y solo con su aprobación pudiera y debiera suceder.

La tierra no es ya para nosotros el punto central del mundo, no es tampoco la única morada tranquila de la vida constante á la que se halla sujeto el cielo con sus innumerables astros; la tierra aparece en el día para nosotros, gracias á los adelantos de las ciencias, en la misma categoría que los demás planetas que rodean al sol, y el hombre de la tierra, el habitante de este planeta, ha descendido de la altura que había soñado ocupar para ir á colocarse entre la multitud de los habitantes

de los mundos. Aun cuando nosotros no podamos contemplar con nuestros ojos á los seres vivientes de otros mundos, la idea de su existencia penetra sin embargo en nuestra mente de un modo que no nos es posible rechazar, en el momento mismo en que fijamos nuestro espíritu en la contemplación de los cuerpos celestes. En cuanto á cómo se ha de disponer esta contemplación, qué punto de vista se ha de elegir y qué medios se han de aplicar para convencerse firmemente de la pluralidad de mundos habitados, hay varias obras antiguas y modernas que tratan de esta materia y en las que se encontrarán noticias suficientes para poder guiar á las personas que quieran dedicarse á este estudio. Entre las modernas la principal acaso, es la de Mr. Flammarion que está escrita en general en un estilo tan claro y comprensible, como agradable é instructivo.

A.

## ORIGEN DE EL DORADO,

QUIYORA, CIBORA IMPERIO DEL PAITITI, LAS CIUDADES DE LOS CÉSARES, AMERICANAS, ETC., ETC.

Hasta la mitad del siglo XVI no apareció en América, con el nombre que tan célebre la hizo la ficción de que nos vamos á ocupar. Esto se ignora generalmente; y nosotros lo encontramos referido en un antiguo escritor español á quien rara vez se consulta.

Anteriormente, El Dorado, existía en las imaginaciones: á más de un aventurero había arrastrado á la muerte, pero su verdadero nombre permanecía oculto. Traduciremos abreviadamente, lo que á este propósito dice el padre fray Pedro Simon.

«Que es lo que pudo originar el nombre de Dorado se ignoró completamente hasta el 1536, ó por mejor decir, aun no se había inventado hasta en este año que le adoptaron el teniente general Sebastian de Belalcázar y sus soldados, en la provincia de Quito por el motivo que vamos á decir.

Hallábase Belalcázar en la antedicha ciudad, y tomaba noticias de aquellos nuevos países dirigiéndose para esto á cuantos indios extranjeros conceptuaba capaces de dárselas. Entre ellos, hubo uno que según dijo, era natural de Bogotá, es decir del valle de Santa Fe, ó de Bogotá, y preguntándole el general por las cosas de aquel país, le contestó, que un señor de aquellas comarcas, se metía en un lago valiéndose de unas balsas (especie de barquitas de cuero) y que desnudándose completamente se ungía todo el cuerpo con una disolución de goma haciendo después que le derramasen pequeñas partículas de oro en polvo, que le hacían aparecer resplandeciente.»

Belalcázar, así como sus soldados, no encontraron nombre más á propósito para designar este país, que el de provincia de El Dorado, y sus sucesores no le impusieron otra denominación.

La ciudad de los Omegüas, ú Omagüas, era á juicio de los primeros viajeros, asiento de una alta civilización; y esta preocupación queda suficientemente explicada, por lo que sucedía en otros puntos de América. Pero después de todo esto, nada de fantástico se modeló al principio en las descripciones que se hacían de la ciudad de Manoa.

Suponíase que á sus inmediaciones existían minas, que daban suficiente plata para revestir con planchas de ella, las murallas de ciertos edificios; que los soldados que defendían tan magníficos muros, llevaban corazas de oro, y en fin que los utensilios de la vida ordinaria, eran también de metales preciosos: lo maravilloso se detiene aquí, y estos primitivos relatos se diferencian como bien se ve, de los que se divulgaron á consecuencia «del hombre revestido de polvos de oro que entraba en el lago para hacer sacrificios.»

Después de contarnos cómo Belalcázar se puso en demanda de este rey-pontífice que ocupaba tan opulentas regiones, el padre Simon, hace observar, con justa razón, que Diego de Ordaz, Gerónimo Ortal, Sedeño, y Jorge de Esquize, así como Federmann, no fueron precisamente en busca de El Dorado, puesto que tal nombre no había resonado todavía por el mundo; pero como querían que estos atrevidos aventureros, sino buscaban el citado país, querían descubrir la ciudad de los Omegüas, el nombre solo es el que constituye la diferencia.

Si desde luego estamos de acuerdo con el viejo cronista, en este punto de crítica, es porque recordamos que existía consignada esta tradición en la historia del país de Santa-Cruz debida á Magalhaens Gandabo, que comienza la serie de historiadores que ilustraran tan vasto país y la cual es muy celebrada por el inmortal Camoens.

Veinte años hacía que El Dorado había adquirido una celebridad extraordinaria; se le buscaba por todas las soledades de Santa-Cruz, y no pocos hombres valerosos habían hallado la muerte donde esperaban descubrir tesoros, cuando una noticia salida de las dilatadas regiones del Brasil, vino á reanimar la esperanza de los conquistadores.

Algunos indios de Santa-Cruz, mal hallados en su

se emboscaron en las inmensas soledades del interior. Gran número de ellos sucumbió a la fatiga y la miseria, y los que sobrevivieron, llegaron á unas tierras donde existían grandes ciudades, numerosamente pobladas y con tantas riquezas que afirmaron haber visto calles larguísimas, cuyos habitantes se ocupaban en trabajar el oro y las pedrerías. Permanecieron en aquellas ciudades algunos días, y llamando la atención de los naturales los útiles de hierro que llevaban, les preguntaron, que quién se los había proporcionado: respondieron nuestros indios, que los hombres barbudos que habitaban la costa oriental; designando con listas, y otras indicaciones á los portugueses. Los naturales, aludiendo sin duda á los españoles del Perú, les dijeron: que también habían oído decir que en la costa opuesta existían hombres semejantes y concluyeron dándoles unos escudos guarnecidos de oro, y rogándoles que los llevasen á su país y anunciaran que estaban prontos á cambiar cosas de aquel género por útiles de hierro, y dispuestos á recibir bien á los que quisiesen tratar con ellos.»

Magalhaens Gandavo nos dice á renglón seguido, que los indios testigos de tantas maravillas se embarcaron en el río de las Amazonas y refiere con exactitud, cómo despues de dos años de trabajos y sufrimientos llegaron á la capital del Perú; pero lo que no dice, porque sin duda lo ignoraba, es que, las relaciones de los indios fueron la causa principal de la expedición de Orsua tan fatal para su jefe y la mayor parte de los que le acompañaron. Este hecho importante que cita el padre Simon, no podía escapar á la sagacidad de Mr. Henri Ternaux que lo consignó de igual manera.

Cuando un viaje de exploración causa el estruendo que el de Orsua, es curioso buscar la causa verdadera que pudo determinarle y encontrarla tan sinceramente escrita en un historiador extranjero, que parece ignorar completamente, los hechos que se ligan á su narración.

Las tradiciones tan fecundas de El Dorado, por necesidad deben completarse, recordando las que se refieren á las regiones de Cibora y de Quivora; y reuniendo los relatos que se han hecho en épocas más próximas á nosotros, sobre la ciudad del Paititi y las comarcas donde yacen las ciudades de los Césares.

No era posible, en la rápida narración que hemos dedicado á la ciudad maravillosa, presentar detalladamente todos los mitos que á ella van unidos. Tratemos de dar una idea ligera.

La región de los grandes edificios abandonados, de pueblos desconocidos, por precisión había de tener su ciudad fastástica, su jefe maravilloso. El Dorado del rey barbudo Tatarax se colocó en Quibira hácia California é hizo célebre, gracias á las mentiras de algunos monjes. Al mismo tiempo que esto sucedía, en el siglo XVI, el viejo soberano de las regiones asiáticas y de Etiopía, llegaba al Nuevo Mundo, y Vazquez de Cornado encontraba al Preste Juan en Cibora á unas 400 leguas al Norte de Méjico; y hasta llegaron á descubrir en estas regiones, los despojos de los navíos del Cathay, y Mr. de Humboldt, con esa ciencia que le es habitual, lo recuerda en su preciosa historia de geografía del nuevo continente.

En fin, si se quieren tener con todos sus detalles la relación de esas escursiones aventureras, que dieron á conocer á Europa esa comarca fabulosa, recórrase á la colección publicada por Mr. Ternaux. Compans. Allí se ven figurar sin disfraz los mitos mentirosos que tanta gente mandaron á la muerte; allí puede leerse la relación, hasta entonces inédita, de Pedro de Castaneda de Nájera en la que este viejo cronista manifiesta cuanto acaeció en 1540 cuando Francisco Vazquez de Cornado se puso en marcha al través del desierto para ir á descubrir el nuevo El Dorado. Desde el principio nos dice cómo nació el mito, y la época en que principió á extenderse.

En el año de 1530, continúa, á la sazón en que Nuño de Guzman era presidente del Nueva España, un indio de su servidumbre, natural del valle ó valles de Oxitipar que los españoles llaman Tejas, le dijo: que cuando él era niño, su padre, antiguo mercader muerto había largo tiempo, recorría el interior del país para vender hermosas plumas de pájaro, que servían para fabricar penachos, y que á su vuelta, traía gran cantidad de plata y oro cuyos metales segun él, eran allí muy comunes. Añadió, que había acompañado á su padre una ó dos veces y que había visto ciudades tan grandes que solo podían compararse á Méjico, con sus arrabales, estas ciudades eran siete, en ellas, había calles enteras habitadas por plateros. Ultimamente dijo, que eran prebendados cuarenta días de marcha al través de un desierto donde solo crecía una yerba de unas cinco pulgadas de altura, é internarse mucho entre las dos mareas en dirección al Norte, para llegar á dichas ciudades.

No diremos cómo Nuño de Guzman, reunió un ejército de cuatrocientos españoles, y veinte mil indios, ni lo que le costó esta primera expedición al país de los quimeras. Tampoco insistiremos, en la empresa de Francisco Vazquez Cornado de la que formaba parte ese fray Marcos de Niza, á quien se deben tantas falsas noticias. Bástenos decir que Cibola ó Cibora era realmente un pueblecillo miserable, de tan poca consideración, que había granjas en Nueva-España, que presentaban me-

yor aspecto, y que las otras seis fabulosas ciudades aun cuando un poco más fortificadas valían casi tan poco como la primera.

Nada contaremos de la provincia de Tiguex, ni del soberano que dormía la siesta bajo un árbol en el que se suspendían campanillas de oro, que agitadas por el viento resonaban dulcemente, ni del águila de oro que adornaba la proa del navío real; pero si recordaremos que al encontrarse los conquistadores con que Quivora no encerraba oro ni plata, creyeron conveniente estrangular al pobre indio inventor de tales consejas, y que todo esto pasaba hácia el año de 1542.

Para acabar diremos, que solo en la relación del monje, existe la Cibora del mundo encantado. Allí las casas tal vez sean de piedra y cal; pero en cambio tienen diez pisos y las puertas principales y fachadas son de turquesas ¡Qué magnificencia! Pero qué es esto comparado con Totontea la más hermosa de las siete ciudades que todos los indios habían admirado!

Si procedemos por el orden de tiempo, mas bien que citándonos á las exigencias de la geografía, recordaremos que despues de Quivora, y Cibora, es indispensable mencionar el Waipiti, ó mejor, imperio del Paititi.

Ahora como siempre, nos vemos en la necesidad de recurrir á las obras publicadas por Mr. Ternaux, para adquirir detalles acerca de ese jefe imaginario, que se liga mas íntimamente que el mito anterior, á El Dorado popular, y que es una consecuencia natural, de la ruina del imperio de los Incas.

Así que Manco Capac II, abandonó el Cuzco á los españoles, se le vió establecerse en las estensas regiones que bañan el Apurimac, y el Ucayale. A su muerte que acaeció en 1553, dejó su corona á Sayri Tupac, quien convencido por Mama Cusi su madre, se hizo cristiano como ella, y vino á fijar su residencia en Lima, donde se le concedió el título de rey para mientras viviese, lo que no impidió que en realidad hiciese renuncia de su poder. «Este suceso dice Juan de Velasco, sublevó todas las provincias, pues como solo tenía una hija, heredándole sus hermanos los que no quisieron mientras él viviese, hacer valer sus derechos; cuya conducta hizo creer á las provincias interiores, que aprobaban la abdicación de su hermano, y en su consecuencia cada una nombró su rey. Entonces aparecieron el tan célebre reino del Paititi, y el de Choncha.

Este último, goza de poco renombre. El que alcanzó el de Paititi ha persistido de tal modo, que se nos anuncia la partida de un sabio viajero, que se propone examinar lo que haya de verdad en esta maravillosa tradición.

Lo que hay de positivo, es que no toma alguna consistencia hasta el siglo XVII época en la que aparece el inca Bohorques.

Pedro Bohorques, dice el cronista, era un español que había servido en Chile como simple soldado, hácia 1639. Coaligóse con los calchaquies que habitan las montañas de Tucuman y logró convencerles de que descendía de la sangre real de los Incas.

Persuadió también á don Alfonso Mercado, gobernador de aquella provincia de que reduciría á los calchaquies á la obediencia del rey de España adoptando el traje indio, y haciéndose pasar por Inca. El gobernador hizo la locura de aceptar.

Volver entre los calchaquies, dirigirse á las llanuras de Maragnon, donde Manco Capac debía haber ocultado sus tesoros en un lugar que unos llamaban Paititi, y otros Uruguau ó la Casa Blanca, fue lo que inmediatamente hizo el inca Bohorques, á quien todas estas magnificencias habían trastornado la cabeza. Para llegar al país de las maravillas había caminado en litera, y pasado por debajo de arcos triunfales colocados de distancia en distancia; y con el mismo aparato se creyó obligado á volver á Tucuman. En vez de tesoros había encontrado una nación tan miserable que por su pobreza, la llamaban de los *Indios pelados*.

Bohorques, tuvo la misma suerte que cuantos aventureros no han puesto cima á sus empresas; hecho prisionero por los españoles, se le ejecutó en Lima.

Esto sucedía en 1667. Corrieron los años y con ellos el Paititi, se adornó con mil prodigios. Ya no solo era un reino poderoso fundado por los Incas, sino que éstos decaídos monarcas sabían ocultarle á los ojos de los españoles, gracias á los poderosos encantos de que se valían. «Todas las cabezas ardían en Lima, dice nuestro viejo cronista, cuando se supo que un religioso franciscano empleado en la misión de Guanuco, acababa de llegar y contaba que había estado en Paititi, del que hacía una descripción magnífica. Este reino encerraba millones de habitantes y nada era allí tan comun como la plata y el oro.»

Muchos hidalgos de Lima, levantaron á sus espensas un ejército, y á las órdenes de don Benito de Rivera se pusieron en marcha en 1630. Guiaba el franciscano; pero esta expedición tuvo tan mal resultado como la de Bohorques. No puedo creer que este buen religioso quisiera mentir, pero preciso es suponer que era un visionario.

Hoy sabemos que la tradición del Paititi, no dejaba de tener algun fundamento, y que los indios chunchos de la provincia de Tarma proclamaron rey despues de la muerte de Tupac Amará, á uno de sus descendientes, siendo muy probable que una pequeña parte

de las riquezas del inca, se conservasen en su familia.

El padre Juan Lucero recorrió el país de los chunchos en 1684, y gracias á él, sabe uno á que atenerse respecto de esta comarca convertida en rival de El Dorado.

En efecto, despues de haber subido no por el Guallagua; sino por un gran río que viene del lado del Cuzco. Llegó á los pueblos que habitan los piros, cuyo territorio es estenso y cuya tribu se eleva á cien mil almas. Allí segun su propia confesión vió, y tuvo en sus manos platos, medias lunas, zarcillos y otras alhajas de oro, fabricadas por esta nación.

A partir de esta época, se supo aproximadamente en el Perú, lo que había de cierto en la relación del Paititi. Pero como dice muy bien la obra de quien tomamos estos detalles, el rey de los chunchos, ha dejado á los españoles con las ganas de ir á sus estados, y mas de una vez ha llenado de terror á Lima.

Todo el mundo sabe, que Voltaire, colocó su El Dorado en los desiertos del Paraguai. Cuando sin conceder grande importancia, buscábamos la tradición primera, que pudo dar vida á esta burlesca fantasía, el azar nos la presentó en la estensa colección publicada en Buenos-Aires en 1836, por don Pedro Angelis. En aquella magnífica obra, hay un libro titulado: *Derrotos y viajes de la ciudad encantada ó de los Césares*. Esta ciudad encantada, esta ciudad de los Césares, es el prototipo de El Dorado de Cándido, á lo menos en cuanto á posición geográfica, y nada tendría de extraño, que la idea fundamental se le ocurriese al maligno viejo, despues de haber oído el relato de algun jesuita.

Segun el autor español, las ciudades de los Césares, eran tres y debieron ser fundadas por los españoles, que se salvaron en Osorno y otros pueblos destruidos por los araucanos, á fines del siglo XVI.

Segun otra opinión, fueron los restos de las tripulaciones naufragas en Magallanes, las que edificaron en el desierto estas magníficas ciudades.

La capital estaba construida en medio de la laguna de Payequé; tenía murallas, fosos, revellines, y una sola puerta de entrada. á la que se llegaba por un puente levadizo. Sus edificios eran suntuosos, y casi todos construidos de piedra labrada y techados al estilo de España. Sus templos, cuyo esplendor no tenía igual, estaban revestidos de plata. Y todo el menaje, las marmitas, y hasta las rejas de los arados eran de la más fina plata; basta para tener una idea, si quiera sea poco exacta, del mobiliario interior, decir que los asientos de los sencillos habitantes eran de oro, de oro macizo.

¿Podrán despues de esto quedar las bellas florestas del Brasil desheredadas de un mito, de un El Dorado? no: b'en pronto tuvieron lagos *Yapubassu*, *lagos encantadas*, *rios dorados*, que generalmente se les colocó en las desiertas regiones de Porto-Seguro, Espíritu-Santo y Minas-Novas.

Pero en todo esto, eran las riquezas inagotables de la naturaleza, las que hacían el gasto; ya no mas murallas magníficas, no mas templos soberbios, ni cúpulas resplandecientes.

En el siglo XVII, el viejo Bartolomeu Bueno, recorrió florestas desconocidas, atravesó desiertos sin nombre, y volvió cargado de oro y pedrerías, capaces de enriquecer al soberano mas espléndido. Buscóse su camino. Vanamente: habíase perdido como el que en otro tiempo, conducía á los tesoros de Cibora y á las regiones del Paititi.

¿Cuántas veces no se nos ha hablado de la costa oriental del desierto de los *Americanos* ó si se prefiere del *Rio das tres Americanas*.

Esta región maravillosa, llena de inagotables riquezas y de terrores sin fin, confina con los desiertos ilimitados del *Mato-brosso*.

El oro se ve allí á flor de tierra, las esmeraldas, las crisolitas, las aguas marinas, de tamaños desmesurados, resplandecen entre los guijarros.

¡Mas ay! que si pudo escaparse de los terribles huéspedes que pueblan los límites del desierto, solo pueden arrancarse estas riquezas de las nebulosas montañas que las contienen, á la luz de los relámpagos y entre los fieros truenos de la tempestad.

Un sabio viajero que consigna algunas de estas tradiciones, termina las pocas palabras que las consagra, con esta frase filosófica.

Si como dice Mr. de Humboldt, la fábula de El Dorado, debe su origen á una roca de esquita micéica, que se levanta en medio de un lago fangoso, allí, preciso es confesarlo, allí está, el emblema de las ilusiones que de continuo seducen y agitan á los hombres.

Añadiremos por nuestra parte, que con respecto á los descubrimientos geográficos que han producido verdaderas ventajas, el mito que hemos espuesto con sus diversas variaciones, puede asimilarse al *Alkaest* tanto tiempo buscado por los alquimistas de la Edad Media.

Millares de hombres han sucumbido en busca de un mundo imaginario, innumerables víctimas han marcado el progreso de una ciencia imaginaria; pero estas investigaciones al azar, no han sido infecundas, y esta vez única acaso, la verdad ha salido del error.

## EL PESCADOR.

TIPO VASCONGADO DE LA COSTA.

Al hablar en uno de los números anteriores de la pesca de la sardina en los pueblecitos de Lequeitio, Santurce y Portugalete y á propósito de las muchachas que se ocupan en llevarlos á vender á la ciudad, dijimos algo también acerca de los que se dedican á este tráfico.

No teniendo otros recursos que los que les ofrece la vida de mar, casi todos los hombres de estas pequeñas poblaciones sirven en su juventud en los buques mercantes, hasta que mas tarde los que han podido reunir alguna fortuna se hacen capitanes por cuenta propia y los que menos ó se retiran del todo de la carrera de América para dedicarse en su costa natal al tráfico de la pesquería ó aprovechan los intervalos de sus viajes, sirviendo accidentalmente a las órdenes de estos pescadores de oficio.

El dibujo que hoy damos en EL MUSEO da á conocer perfectamente este tipo de las provincias vascongadas, que como saben nuestros lectores, han dado en todas las épocas y siguen dando aun brillantes muestras de lo que valen sus hijos de la costa para luchar con el elemento á que tienen que arancarle la subsistencia á fuerza de serenidad y de arrojo.

## CRÓNICAS DE VERANO.

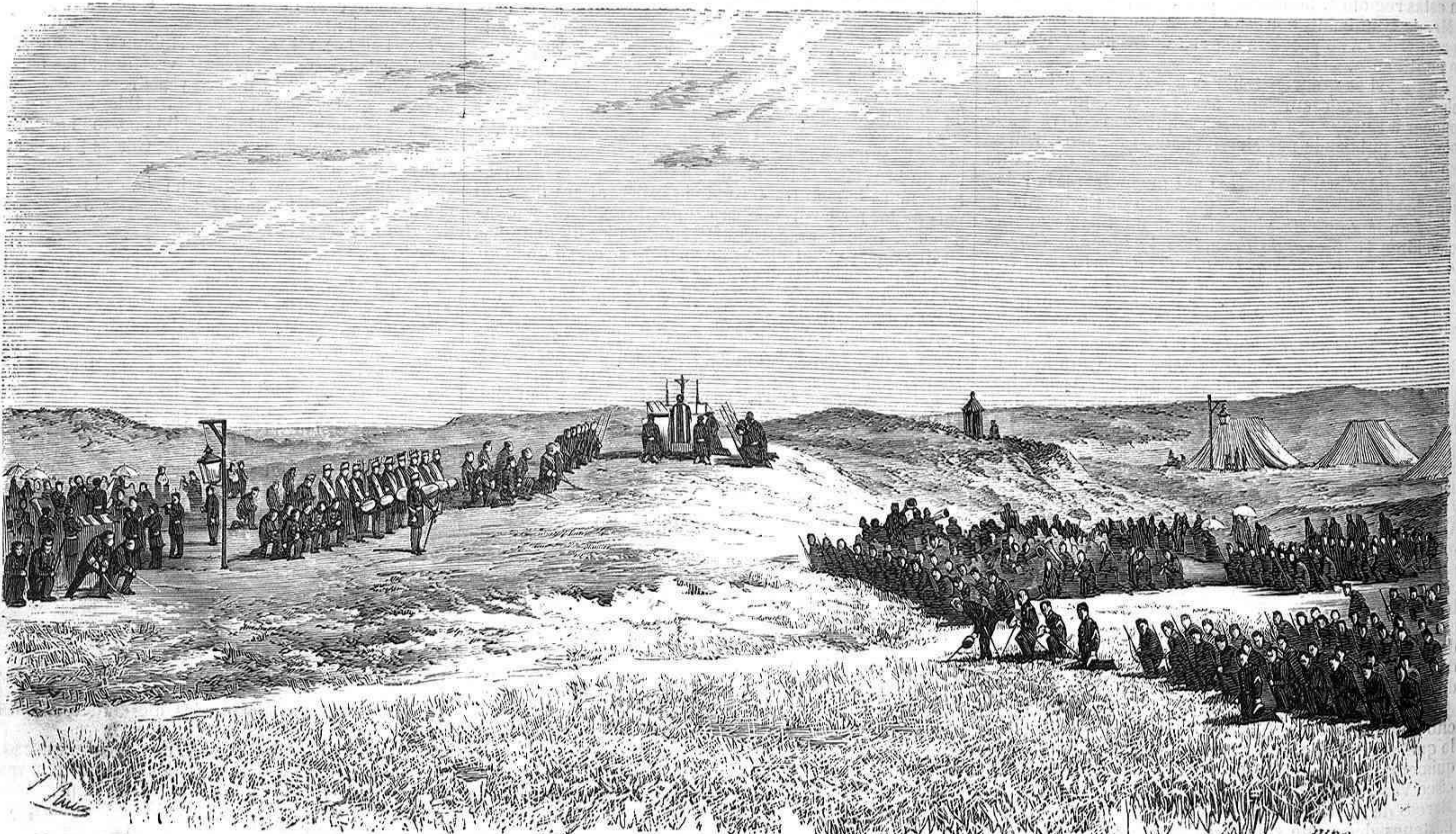
TEATRO DE ROSSINI.—*La Muta di Portici*. Último abono.—CIRCO DEL PRÍNCIPE ALFONSO. Los Leones y el señor Federico Lucas.—Próxima apertura del TEATRO DE LA ZARZUELA.—Preparativos y porvenir de los coliseos de verso.—Romea y Valero.—Compañía de la señora Civili.—Novedades de NOVEDADES.

Si hubieran de perecer m's



EL PESCADOR.—TIPO VASCONGADO DE LA COSTA.

obras, dice Auber, y salvarse una de ellas, pediría que me dieran *La Muta*. Tal afecto conserva el insigne maestro francés, á la que es, sin duda, la mas inspirada y mas bella de sus creaciones. La historia de esta ópera, en los treinta y cinco años que cuenta de existencia, se halla eslabonada de triunfos impercederos, relacionados con sucesos políticos de importancia. El vigor de sus notas y el colorido de sus cantos, ha puesto en relieve un asunto pobremente desarrollado en el libro, pero cuya índole debía herir el sentimiento patriótico de todos los públicos. La sublevación de Tomás Anello, idealizada y fantaseada por el poeta, llega á nosotros en alas de la tradición teatral, con un carácter sublime, de que aquel hecho verdaderamente careció. No obstante, sea licito á los pueblos vanagloriarse con el recuerdo de sus triunfos y mucho mas si éstos han logrado ser transmitidos á la posteridad con el auxilio de un arte tan espresivo como el de la música y tan elocuente como el de la poesía. *La Muta* es, en efecto, un precioso *spartito*, digno de la fama que engrandece al anciano Auber. Nada mas dulce y sentido que la barcarola del acto segundo; nada mas tierno y brioso á la par, que el duo de tenor y bajo del mismo; nada mas profundo y conmovedor que la plegaria del acto tercero. El resto de la obra en poco merece de las piezas citadas su popularísima *obertura* se tiene como uno de los mas acabados modelos que imitar, en riqueza de motivos, en armonía y en conjunto rico y severo de instrumentación. La fisonomía musical del pescador protagonista encanta; la de Prieto y de Borela interesan sobremanera. El coro es variado y rebosa en notas delicadas ó enérgicas, melancólicas y siempre sublimes.



CELEBRACION DE LA MISA EN EL CAMPAMENTO DE ZARAUZ. (DE FOTOGRAFÍA.)

Enela, la muda, presta un tinte sombrío, fantástico é interesante al drama, que le avalora en sumo grado. Lo que me interesa es que esta parte no la desempeñara una actriz dramática, en lugar de una bailarina: los efectos de acción resultarian tan duros, é impropios á veces; rompiendo con una costumbre rutinaria de repartimiento, se demonizarian mas los acentos dolorosos de Masaniello en las actitudes de su infeliz hermana. Esta, sobre todo, conmoviera mas, espresaria mas, agitándose menos sobre la escena. Los papeles de Alfonso y Elvira, aunque no tan importantes, contribuyen al conjunto del drama.

En cuanto al desempeño, demás está decir que Tamara sobresale en primer lugar. Ejecuta su parte con inteligencia y el gusto del artista consumado; en al-

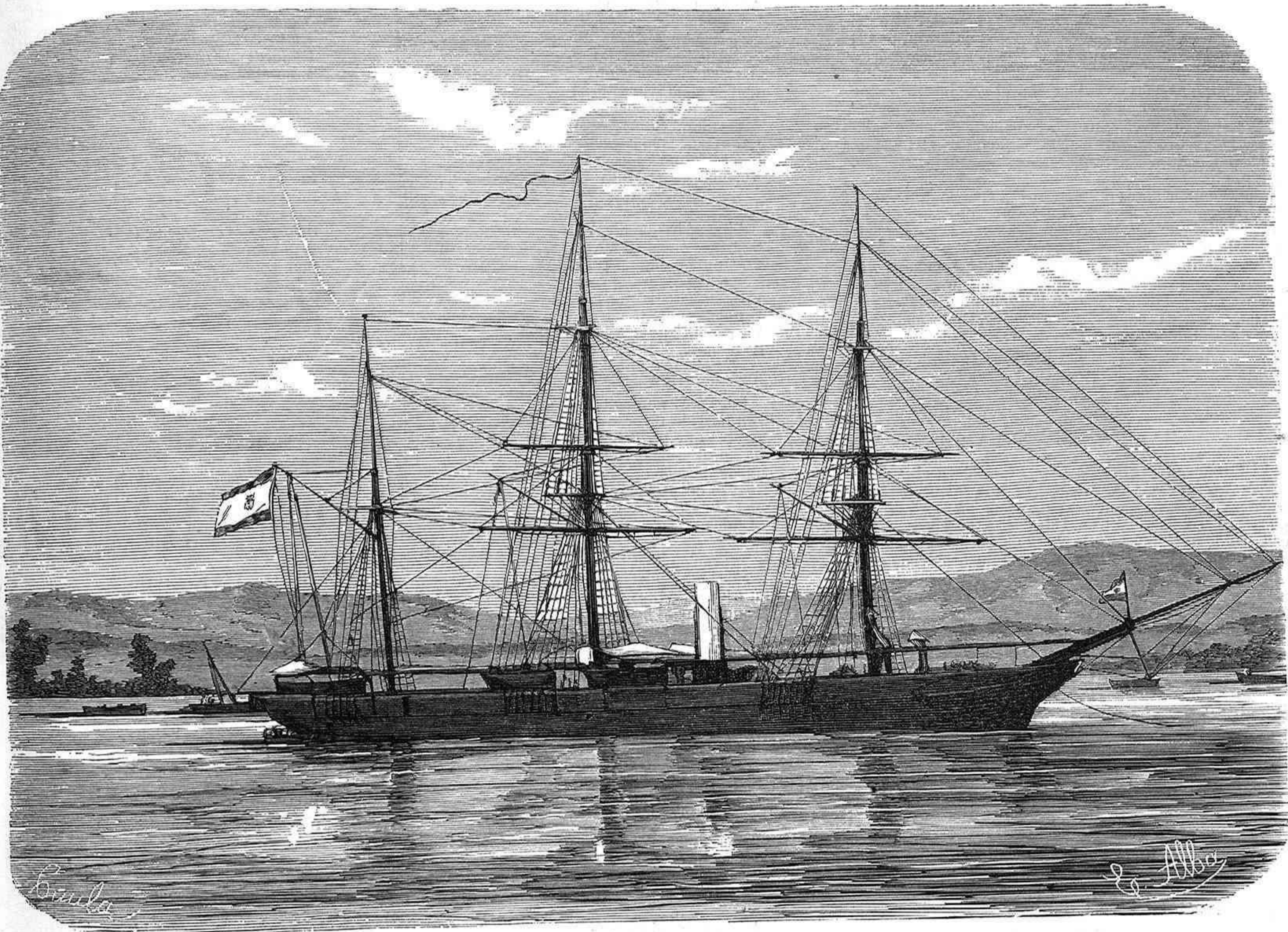
gunos puntos demasiado bajos para la tesitura de su voz, no brilla como en los agudos, en los cuales está siempre inimitable y arrebatador. Gassier, le secunda dignamente en el magnífico duo del acto segundo, diciendo con gran espresion la frase:

*Amor di patria all'armi invita.*

En el resto del papel de Pietro, Gassier revela su talento y merece los aplausos que el auditorio le prodiga. La señora Garulli, afectada por el temor, la primera noche, no lució su fresca y sonora voz, como en las demás. Su modestia, digna de su mérito, y la complacencia con que acude á llenar un puesto, allí donde la empresa la llama, la hacen acreedora, á la consideracion del público. La Bonfanti, exagera el

papel de Fenela, pero demuestra su deseo de complacer; Ruizi, caracteriza exactamente, como buen napolitano, la parte de Borela: sus movimientos y su manera de llevar el traje de pescador, son dignos de mencion. Réstame hablar del coro, que á mi juicio, influye poderosamente en el éxito de la ópera. En los actos segundo y tercero, la masa general sobresale por la precision y el colorido: singularmente en la *plegaria*, es donde los coristas de ambos sexos hacen gala de estudio y de los efectos extraordinarios de una acertada direccion. La de la orquesta, nada tiene que envidiar á la del coro, por lo cual felicito á Gaztambide y á los profesores que tan hábilmente responden al impulso de la *batutta* del maestro.

Nuevas son casi todas las decoraciones presentadas



MARINA ESPAÑOLA.—CORBETA DE VAPOR «NARVAEZ.»

por el señor Plá. Señálase en primer término la del segundo acto, que representa la playa, cercana á Pórtici, y ofrece un aspecto agradabilísimo. Aquel cielo, aquellas olas, el bote recostado en la orilla del mar, la vereda que se descubre en el fondo, la escalera de la choza del primer bastidor de la izquierda, todo se halla allí magistralmente concebido y pintado. La decoracion del mercado, tambien es muy bella; aunque se halla algo recargada, así como la de la cabaña de Masaniello. La aglomeracion de objetos es un defecto, y el señor Plá debe corregirse de él. Tambien los trajes forman un agradable contraste, y lo único que se me ocurre reprochar es la direccion de la escena. El motin se halla débilmente ensayado, y de la misma falta se siente la aclamacion del pescador, en el acto cuarto. El señor García á pesar de haberse lanzado á la escena luciendo el gorro colorado, no ha conseguido entonar los cuadros. En resumen, la obra agrada en extremo, y los españoles aplauden á rabiar, los melonazos, contra el ejército español del duque de Arcos, lo cual prueba que nuestro público sabe hacer justicia á las intenciones del pueblo, vengan de donde vengan. Se ha verificado el último abono de la temporada veraniega de este grandioso teatro: el público de Ma-

drid, ó porque no puede, ó porque no quiere, ó por las dos razones juntas, no ha correspondido ni antes ni ahora, á los esfuerzos de la empresa de los Campos Elíseos. Aguardemos mejores tiempos, que tal vez cuando asomen, se haya edificado parte de un nuevo barrio sobre las ruinas del Teatro de Rossini. Entonces volverán los habitantes de la coronada á solazarse los veranos en el Prado, cuyas sillas son mas baratas que las butacas de rejilla de aquel coliseo; pero entonces tambien, nos podremos ver espuestos á emplear nuestros ahorros en la cura de las calenturas intermitentes.

No es tan fiero el leon como lo pintan, dice el adagio, y el señor Federico Lucas viene á justificar esta frase vulgar. Lucas habia tratado, aunque superficialmente, á los leones del Circo del Príncipe Alfonso; su ingenio observador le hizo estudiar sus costumbres é inclinaciones; se familiarizó con su fiereza y por último se ha decidido á dominarla, con el mismo arrojo y aun mas, que su antecesor. ¿Leoncitos á mí? Ahí está el fiero Lucas, esponiéndose tanto como el antiguo domador, y segun dicen, ganando mucho menos que él. El público le aplaude y acude á presenciar sus hazañas, y ésta es la unica noticia que ofrece la crónica del circo de caballos.

En tanto la Zarzuela brinda este año, á los abonados, con un porvenir lisonjero. Muchas son las obras que hay en cartera y de su éxito, es una buena garantia el esmero é incansable solicitud con que el señor Salas dirige este espectáculo. Del 6 al 7 de setiembre se inaugurarán las funciones con las tres zarzuelas en un acto, *Los lirios del olvido*, *El jardinero* y *la epistola de San Pablo* y á éstas seguirán la en dos actos, *Un consejo de guerra* y *El suicidio de Alejo* en uno, preparándose mientras *El lago de las serpientes*, en tres actos, cuya accion pasa en la India. La empresa no escasea medio para presentar esta obra con el lujo en trajes y decoraciones que su género requiere. Los maestros Moderatti y Rogel han terminado ya la música.

Los coliseos de verso preparan igualmente sus funciones de apertura. El del Circo dirigido con la inteligencia que distingue á don Manuel Catalina, dará comienzo á sus tareas probablemente con una comedia de Tirso y á ella seguirá el drama de los señores Hurtado y Nuñez de Arce, *Herir en la sombra*. En el del Príncipe, reformadas las localidades, mejorado el alumbra- do y restaurada la sala y embocadura, tambien parece que se representará la primera noche una obra del teatro antiguo presentándose en ella unidos los primeros

actores. Gratas son las esperanzas, que para los amantes del esplendor de nuestra escena, hace concebir el conjunto de notabilidades que en aquella compañía figuran. Romea, el primero de nuestros artistas, el guía de la juventud en la difícil senda de la declamación, ha conseguido por fin, ver cumplidos sus deseos de trabajar al lado de un actor con quien pueda compartir sus triunfos. Sabido es que aquel distinguido maestro ha tenido que soportar durante muchos años el sinsabor de trabajar aislado y careciendo en sus compañías de un galán de fuerza, con quien pudiera emular noblemente sus glorias. El señor Romea, sometido contra su voluntad, á representar *arias coreadas*, necesitaba un apoyo y un estímulo tan vigoroso como el que ahora encuen- tra en el señor Valero. Frente á frente al creador de Luis XI y Ricardo Darlington, luciría grandemente sus facultades, pero lo triste es, que su tenaz enfermedad le vedará en lo futuro satisfacer por completo anhelo tan vivo. El señor Romea, con sentimiento lo digo, no halla tregua en sus padecimientos y los autores de la mayor parte de las obras presentadas en el teatro del Príncipe, se han visto en la precisión dolorosa, por la causa que la motiva, pero gratísima por el alto mérito del señor Valero, de repartir á este insigne actor los principales papeles; ventaja que el empresario señor Roca les ha proporcionado agrupando á los señores Valero y Romea. Este sufre de continuo, aquel se halla en el pleno uso de sus poderosas facultades: justo es que alivie del trabajo á su amigo y compañero. No obstante, espérase que el señor Romea ofrecerá al público algunas de sus obras de repertorio, cuando las alternativas de su estado se lo consientan, en tanto que el señor Valero se dispone para la liza con los nuevos papeles de *Otelo*, *Hernán Cortés* y *Teudiselo*.

La señorita Civilí, ha improvisado una compañía española que ayudará á sobrellevar el trabajo á la italiana, y en Novedades ocuparán los primeros lugares del cartel, la señora Díaz y el señor Cortés. Esperemos y en breve podrán ser juzgados los esfuerzos de todos.

DON GIL CARMONA.

## MARINA ESPAÑOLA.

El buque cuyo grabado antecede es la corbeta de hélice *Narvaez*, de 3 cañones y de la fuerza de 160 caballos. Mide 209 pies de eslora, 30 de manga y 20 de puntal. La dotación es de 400 á 420 hombres. Fue construido en 1858, y anda de 13 á 15 millas por hora, acreditando la pericia de los constructores con sus excelentes cualidades marineras.

## LA ESTRELLA DE LOS VALLES.

(CONTINUACION.)

IX.

EXPIACION.

ANCIANO.

Consuélate, infelice,  
Desahoga tu dolor;  
Haz porque el llanto lleve  
La calma al corazón.  
Yo soy un pobre anciano,  
Que espera y cree en Dios...  
Demanda á su clemencia  
Te dé resignación.

JÓVEN.

La sangre de mi hermana,  
Que un vil asesino,  
Venganza pide al cielo  
Que amengüe mi dolor.  
Por ella mar y tierra  
A andar dispuesto estoy,  
Que solo de ese modo,  
Se calma mi aflicción.

ANCIANO.

¿No ves que loco estás?  
Modera tu furor:  
La ida es natural  
De tal desgracia en pos;  
Mas templa tu pesar;  
Serena el corazón,  
Y evita que así sea  
La desgracia mayor.

JÓVEN.

Que venga, la desprecio,  
Y no la temo, no...  
Del mismo Dios ahora  
Dudando casi estoy.  
¿Por qué sino consiente  
Un crimen tan atroz  
En una virgen pura  
Cual los rayos del sol?

ANCIANO.

Los juicios del Eterno  
Incomprensibles son  
Para tristes mortales  
Como somos los dos:  
De cuantas obras ves  
El es único autor,  
Y puede destruirlas  
Así cual las creó.

JÓVEN.

No puede, no... ¡y qué pueda!  
Acaso pueda yo  
También verter la sangre  
De tigre tan feroz,  
Y haciendo mil pedazos  
Su infame corazón  
Gozarme en su tormento,  
Cebarme en su dolor.

ANCIANO.

Respeto, pobre jóven,  
Tu justa indignación,  
Que el alma te trastorna  
Y llena de rencor:  
Mas calma, calma luego  
Calma por compasión  
Esa saña que te hace  
Volverte contra Dios.

JÓVEN.

Sino sé lo que digo,  
Si á Dios ofendo ó nó,  
Yo en medio de mi furia,  
Venganza quiero atroz,  
Venganza extraordinaria,  
Venganza que dé horror  
Y sirva de escarmiento,  
De ejemplo y de lección.

ANCIANO.

Por Dios, noble mancebo,  
Tan horrible furor  
Templa que tus palabras  
De gentil propias son:  
Jamás ningún cristiano  
Cual tu las profirió  
Que él deja su venganza  
Al juicio de su Dios.

JÓVEN.

¿Y cuándo, decid, viene  
La ira de ese Dios  
A anonadar al hombre,  
Que á mi hermana mató,  
Sumiendo á ancianos padres  
Con su malvada acción  
En llanto y desconsuelo  
En penas y dolor?

ANCIANO.

Modera tu impaciencia  
Y espera y cree en Dios,  
Que nunca del protervo  
El crimen aprobó,  
Y siempre da castigo  
A toda vil acción,  
Pues su recta justicia  
Ninguno la eludió.

JÓVEN.

Déjame que delire,  
Déjame en mi furor;  
Do coja al gran malvado,  
Allí lo mato yo.  
No fio del Eterno,  
No fio de ese Dios,  
Que consintió imposible  
Un crimen tan atroz.

ANCIANO.

¿Y si te digo ¡oh jóven!  
Que su justicia obró,  
Que el crimen que deploras  
Ya tiene expiación?

JÓVEN.

¿A dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo?  
¡Mitiga mi dolor!  
Dime que algo hizo  
Y... espero y creo en Dios.

ANCIANO.

Escúchame y respeta  
Los juicios del Señor,  
Que son incomprensibles  
Y á la vez justos son:  
Después que su delito  
Horrendo cometió,  
Ese hombre abominable  
A un buque se acogió...

JÓVEN.

¿Y qué? Prosigue, luego...

ANCIANO.

La pobre embarcación  
Bien pronto de las olas,  
Juguete vil se vió:  
Sufriendo de los vientos  
El horrible fragor,  
Parece que llevaba  
De Dios la maldición.

JÓVEN.

¿Su suerte, pronto, acaba...

ANCIANO.

La tempestad, ¡qué horror!  
La enviste y desarbola,  
La abate y con atroz  
Violencia hácia la playa  
En trozos la arrojó  
En medio de un tremendo  
Y horripilante son.

JÓVEN.

¿Y qué, concluye, luego

ANCIANO.

En trance tan atroz  
Los pobres marineros  
Con quejumbrosa voz  
Demandan la clemencia  
Y auxilio de ese Dios  
Omnipotente y Santo  
Y justo Creador,  
Para alcanzar el puerto  
Feliz de salvación.

JÓVEN.

¿Por Dios acaba, anciano!  
¿El protervo murió?

ANCIANO.

El misero infelice  
A la playa llegó:  
Allí rendido, hambriento,  
Partido el corazón,  
Solo pensó en su crimen  
Y de él pidió perdón.

JÓVEN.

¿Y de calma y templanza  
Habláisme, vive Dios!...  
¿Pues qué eso satisface  
Mi rabia y mi dolor?

ANCIANO.

Aguarda, desgraciado,  
Y admira de tu Dios  
Los juicios soberanos  
Que siempre rectos son,  
Después que el miserable  
De corazón lloró  
Su crimen inaudito,  
Y á Dios pidió perdón...

JÓVEN.

Acaba, acaba, anciano,  
Tu larga relación.

ANCIANO.

Puesto que así te agrada...

JÓVEN.

¿Lo pide mi dolor!

ANCIANO.

Entre cien mil angustias  
El misero murió...  
Aquesto te lo juro  
Tocando el corazón...  
Respeto, pues los juicios  
Altísimos de Dios,  
Así cual él benigno  
Respeto tu dolor.

JÓVEN.

Decidme, noble anciano;  
¿Hablais de corazón?

ANCIANO.

Lo que te digo cree,  
Cual si te hablara Dios.

JÓVEN.

¡Venid y contenedme  
Que no tengo valor;  
Con todo; ¡yo proclamo  
Que espero y creo en Dios!



## LOS AFICIONADOS.



EN EL TERRENO.

—¡Fuera capotes!  
 —¡que tiene  
 descompuesta la cabeza!  
 —Para estos casos se guardan  
 los recursos de muleta.

mente estipulado. Pero quédese este asunto para otra ocasión, y respóndeme á una pregunta suelta: ¿cuántas veces se pone aquí la mesa al día?

—Dos; entre doce y una de la mañana, almorzamos fuerte, y á las seis ó las siete de la tarde, ó mas temprano, segun las estaciones, comemos.

—Pues hija, estoy por el método español que, sobre ser mas higiénico, me parece mas racional. Eso de engullir en dos comidas lo que debe distribuirse en cuatro, esponiéndose á un atracon, á un cólico cerrado, quédese para los pavos que, segun dicen, digieren hasta el hierro.

—¡Vaya, vaya, Lucas, tu quieres ponerte en ridículo!

Lucía, Sisenando y hasta el raton de Agata comienzan á mirar á su tío como una especie de bicho raro.

## IV.

Pasando del comedor al gabinete que á don Lucas destina su hermana, ve el primero sobre la mesa un libro con la mitad de los pliegos sin abrir; señal bastante significativa de que acaba de comprarse. Pregunta el título de la obra, y le responde su futura ahijada pronunciando el de una novela de Paul de Kock.

—Teresa,—esclama,—no sin violentarse para ocultar su desagrado: ¿quién ha traído aquí este libro?

—Adolfo. ¡Qué! ¿Quieres leerlo? ¡Oh, promete ser delicioso! Paul de Kock es el rey del chiste. ¡Pinta las cosas tan al vivo, y con tal gracejo!

—¡El rey del chiste! ¿Qué entenderán ciertas gentes por chiste?... Mira, cuando venga Adolfo haz el favor de decirle que se lleve este libro.

—¡Se conoce que eres poco aficionado á novelas!

—Es un error; creo que la novela, como las demás obras de las llamadas de amena literatura, presta servicios inmensos al país, mas servicios que los que muchos se figuran; creo que ejerce sobre las costumbres una influencia incalculable, popularizando con su forma y su lenguaje inteligibles á todo el mundo hasta las ideas mas abstractas; creo mas: creo que los que la consideran y la desdeñan como cosa trivial é indigna de fijar la atención de las personas graves, ó lo hacen por rutina, ó son unos solemnes majaderos que caminan de reata á la cola de las preocupaciones.

—¡Entonces!..

—Pero Paul de Kock, y los que á él y á otros muchos de distintos géneros se parecen, no pueden servir de modelo de cultura, de gusto y de decoro. Sus groseras chocarrerías, sus caracteres cínicos y sus cuadros de repugnante sensualismo y de impúdica realidad, solo asco inspiran á toda alma que conserve aun-

que no sea mas que un resto de pudor. Eso no es literatura, eso es lo que espresa una palabra de caballería y de cloaca que, sin embargo, Victor Hugo dice al terminar la descripción de la batalla de Waterloo, en *Los Miserables*, que es la mas sublime que jamás hayan pronunciado labios franceses. No la pronunciaré yo; me costaría trabajo, sin duda por no estar acostumbrados mis labios á semejantes sublimidades; además, acabamos de almorzar y podría insubordinársenos el estómago. El campo del arte y el campo de la moral no deben abonarse con estiércol.

—¿Qué han de leer, pues, los niños?—pregunta escandalizada la viuda.—¡Se escribe aquí tan poco y tan malo!

—¿Quién te lo ha contado?

—Adolfo; ¡y cuando un joven de tanto mérito lo afirma!

—Mucho malo se escribe, en efecto; pero en lo bueno, aunque poco, si hay el patriotismo de examinarlo, se verá que nada tenemos que envidiar á los franceses (los cuales nos dan mucho *doublé*, mucho oropel que aquí se recibe sin exámen, como oro puro,) y aun estoy por añadir que algo podrían aprender de nosotros. El tiempo nos hará justicia. Deseo con impaciencia conocer al novio de Lucía, que, por lo visto, ha convertido esta casa en colonia extranjera.

En la pequeña librería de la casa no se ve una obra española para un remedio.

## V.

A las dos recibe doña Teresa la visita de una familia que se despide para la capital de Francia, en donde se fastidiará de seguro trotando calles y esprimiendo el bolsillo, pero que cuando vuelva, negará lo del aburrimiento y el gasto, y afirmará que se ha divertido en grande. ¡Sea todo por Dios!

—¡Qué personas tan amables y tan distinguidas! ¿Qué *esprit!* esclama la viuda, volviendo á la sala, despues de acompañar hasta la puerta de la escalera á las expedicionarias.

—¡Valor es necesario para elogiarlas!

—¿Tampoco te petan doña Leonor y sus niñas Pamela y Everarda?

—¡Ni esto!—responde don Lucas, mordiéndose la uña del dedo pulgar de la mano derecha.—Ni me gustan ellas ni los nombres de las muchachas.

—Tienes un gusto estragado.

—¡De paleta, al fin! La misma gracia me hacen esos nombres que los de Agata y Sisenando, á los cuales hubiera preferido yo los que tenían antes de la confirmación.

—¡Calla, calla, Lucas! ¡Josefa!... ¡Pedro!... ¡Qué

preciosidad!... Pedro y Josefa son lo mas vulgar ordinario del mundo. ¿Quién hay que no se llame Pepa ó Perico?... Y por lo que hace al trato de la familia que acaba de salir...

—¡Son unas tontas!

—¿En qué fundas tu opinion?

—En lo que he visto y oído; para muestra un botito hasta.

—¿Han dicho alguna inconveniencia?

—Han hecho mil dengues que me estomagan, y han dicho tanta divina peste de Madrid, y aun de España en general, que, si como son mujeres, llegan á ser hombres, no les quedan ganas de volver á hablar delante de mí. ¿Qué francés hablaría así de su patria?... Y en suma, ¿de qué han hablado?... De figurines, de lazos de moños; de que fulana se pinta; de que mengana es elegante; de que... y todo esto en un galimatías que las hubiera dado de cachetes. ¡Ni una palabra formal! ¡Ni una idea juiciosa! ¡Si hay en aquellas cabezas de chorlito dos adarnes de seso, me dejo cortar la mia, á fe de Lucas!

En esto anuncia el *garçon* al maestro de baile de Sisenando y Agata.

Los niños salen con Lucía para un gabinete, donde se adiestran en el arte de Terpsicore, y quedan solos doña Teresa y su hermano.

El maestro es francés.

—Quiero,—dice la viuda, como ufandose de su prevision,—que los niños se desarrollen y aprendan al mismo tiempo una habilidad que es ya indispensable para no hacer una figura desairada en las reuniones *d'elite* (de buen tono).

—¡Buen desarrollo te dé Dios, en un gabinete donde apenas podrán revolverse!... ¿Qué gana al mes el danzante ese?

—Una friolera; doscientos reales.

—¡Lástima de dinero! Yo te aseguro que, á pesar de los trenzados y cabriolas que enseñe á tus hijos el bailarín, como ellos no se desarrollen por otros medios siempre serán unos entes raquíticos. ¿Quiéres que su físico se robustezca? Procura que salgan de casa á menudo, que jueguen, y brinquen, y corran como desesperados al aire libre, hasta que el cansancio los aplane. ¡Mucho sol, mucho frio, mucho campo, mucho zoquete de pan, pocos mimos y algun torniscon... maternal, por supuesto! Este es mi sistema, esto les dará salud, alegría, agilidad... y carrillos, pues parece que los han chupado las brujas.

—¡Si los criase yo para gañanes!

—¡Harto sé que no! Los crias para polichinelas.

—¡Qué estremado eres!... Ven conmigo, y apreciarás en su verdadero valor la conveniencia de ese ramo de educación!

—La tengo bien apreciada. Además, me repugna ver un mastuerzo con zapatillas, repicando las castañuelas, echando los bofes y haciendo contorsiones afeminadas.

Ese bolero no es hombre, es un injerto de mono y de marica, propio, á lo sumo, para simbolizar la última degradación de la especie humana.

—¡Pero hombre!...

—¡Pero mujer!

—Exageras demasiado.

—No afirmaré que no; pero al menos espongo francamente mi sentir.

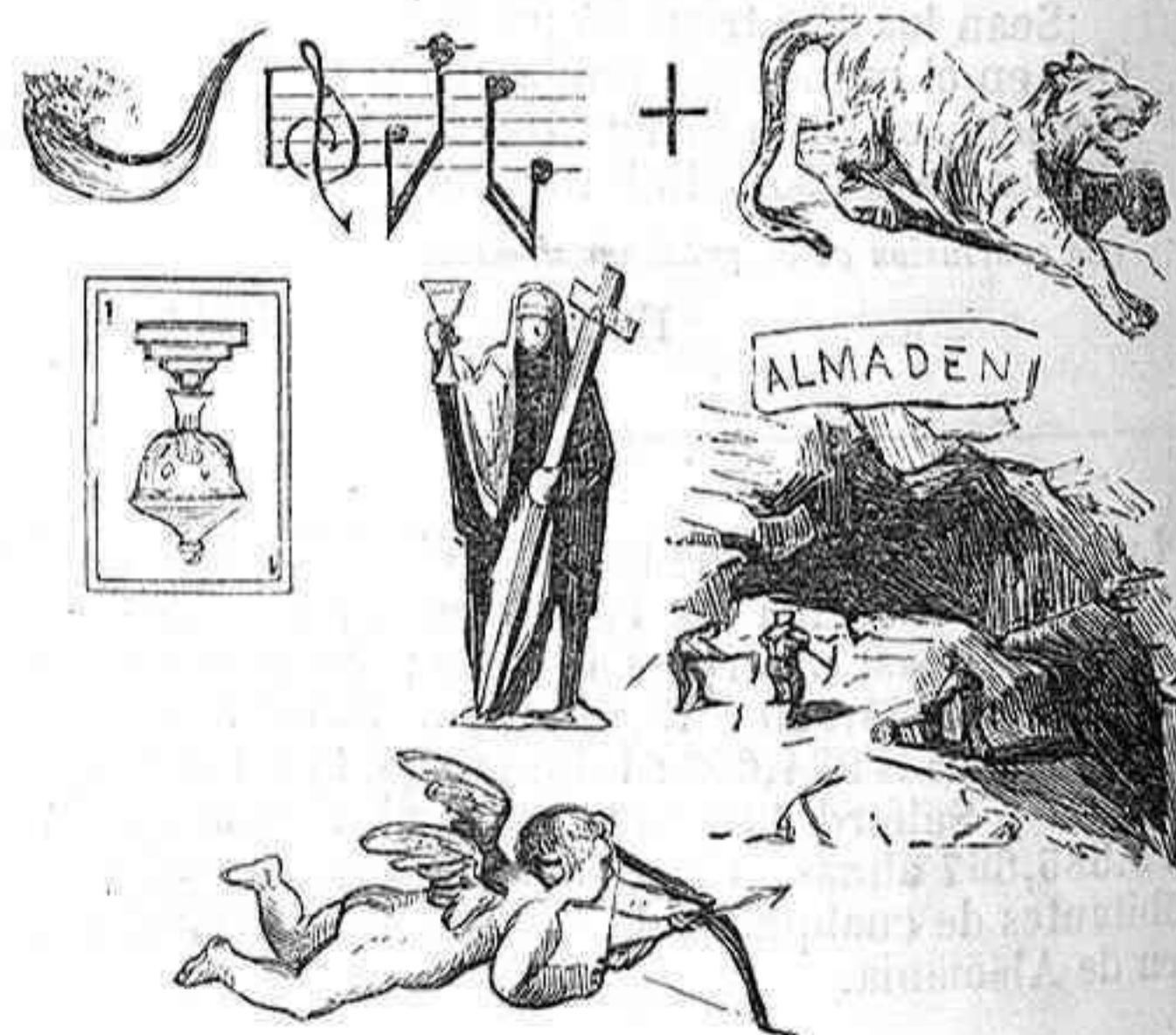
(Se continuará)

VENTURA RUIZ AGUILERA.

## GEROGLIFICO.

## SOLUCION DEL ANTERIOR.

Para pescar al hombre Lucifer coloca en el anzuelo á la mujer.



La solución de éste en el número próximo.